

LOS MÚSICOS DE BREMEN

Hermanos Grimm

Versión libre



Ilustrado por Juan Battilana y Hernán Vargas



DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Dirección General de Cultura y Educación
Los músicos de Bremen; Adaptado por María Elena Cuter; Cinthia Kuperman; Editado por Leicia Gotlibowski; Ilustrado por Juan Battilana; Hernán Vargas. - 1a ed. - La Plata: Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Educación. Dirección Provincial de Educación Primaria, 2026.

24 p.: il.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-676-184-0

1. Cuentos Clásicos Infantiles. 2. Cuentos Clásicos. I. Cuter, María Elena, adapt. II. Kuperman, Cinthia, adapt. III. Gotlibowski, Leicia, ed. IV. Battilana, Juan, ilus. V. Vargas, Hernán, ilus.

CDD A860.9282

Este material ha sido elaborado por la Dirección Provincial de Educación Primaria, dependiente de la Subsecretaría de Educación de la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires.

Adaptación: María Elena Cuter y Cinthia Kuperman

Ilustraciones: Juan Battilana y Hernán Vargas

Edición: Leicia Gotlibowski

Revisión integral: Subsecretaría de Educación / Dirección Provincial de Comunicación

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Provincia de Buenos Aires

**Gobernador
Axel Kicillof**

**Vicegobernadora
Verónica Magario**

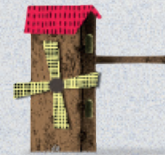
**Directora General de Cultura y Educación
Flavia Terigi**

**Subsecretaria de Educación
Claudia Bracchi**

**Directora Provincial de Educación Primaria
Mirta Torres**

LOS MÚSICOS DE BREMEN

Hermanos Grimm
Versión libre



abía una vez un campesino que tenía un burro. Durante muchos años, el animal había llevado pesados sacos de grano al molino sin quejarse. Pero el tiempo pasó, sus fuerzas se fueron agotando y cada día le resultaba más duro el trabajo. Al ver que ya no se movía con la misma rapidez, el campesino empezó a pensar en dejarlo de lado y buscar un reemplazo.



El burro, que era muy astuto, se dio cuenta de lo que su amo estaba tramando. Decidido a cambiar su destino, se escapó una madrugada y tomó el camino hacia la ciudad de Bremen. Pensaba que allí, gracias a su potente voz, podría ganarse la vida como músico callejero.

A poco de andar, encontró a un perro de caza tendido a un lado del camino, jadeando como si hubiera corrido un maratón.



—¿Por qué estás tan cansado, amigo? –le preguntó el burro.
—¡Ay! –suspiró el perro–. Como ya estoy viejo y no puedo correr al ritmo de antes, mi amo quiso abandonarme. Por eso decidí huir, pero ahora no sé cómo voy a ganarme el pan.

—Tengo una idea –dijo el burro–. Yo voy a Bremen a ser músico. Ven conmigo; yo tocaré la guitarra y tú puedes tocar el bombo.

Al perro le pareció un gran plan y continuaron juntos.



No habían caminado mucho cuando vieron a un gato con la cara más larga que un día sin pan, sentado en una cerca.
—¿Qué te pasa, viejo bigotes? —preguntó el burro.
—¿Cómo puede estar contento alguien que no tiene casa? —respondió el gato—. Como mis dientes ya no tienen filo y prefiero descansar junto al fuego antes que cazar ratones, mi dueña intentó deshacerse de mí. Logré escapar, pero ahora no sé a dónde ir.



—Ven con nosotros a Bremen. Tú sabes mucho de serenatas nocturnas y puedes sumarte a nuestra banda.
El gato aceptó y los tres fugitivos siguieron su ruta.

Al pasar por una granja, vieron a un gallo subido a la tranquera, cantando con todas sus fuerzas.
—Gritas como si te fuera la vida en ello —dijo el burro.
—¡Estoy pronosticando buen tiempo! —respondió el gallo—. Escuché que mañana vienen visitas y la cocinera le dijo al granjero que quiere ponerme en la sopa.
Por eso canto ahora que todavía tengo garganta.
—Mucho mejor que ir a la sopa es venir con nosotros —le propuso el burro—. Tenemos buena voz y vamos a Bremen a armar una orquesta. Con tu canto, el grupo va a ser un éxito.
Al gallo le encantó la propuesta. Entonces, el burro, el perro, el gato y el gallo siguieron juntos el camino.





La ciudad de Bremen quedaba lejos y no iban a llegar en un solo día. Al caer la noche decidieron buscar refugio en un bosque cercano.

El burro y el perro se acomodaron bajo un gran árbol, el gato se subió a las ramas bajas y el gallo voló hasta la copa, donde se sentía más seguro.

Antes de dormir, el gallo miró a lo lejos y vio un destello de luz.
—¡Amigos! –gritó–. Se ve una luz no muy lejos de acá, debe haber una casa.
—Vamos a ver –dijo el burro–, porque este suelo está muy duro y no vendría mal un techo.

Pronto vieron brillar la luz con más intensidad y, poco a poco, la claridad se fue haciendo cada vez más grande.

El burro, al ser más alto, se acercó a la ventana y miró hacia adentro.

—¿Qué ves, orejudo? –susurró el gallo, estirando el cuello desde la rama.



—Veo una mesa espectacular –respondió el burro, relamiéndose–, llena de comidas deliciosas y jarras de buen vino. Pero lo extraño es la gente que está sentada alrededor: tienen bolsas repletas de monedas de oro y joyas que claramente no son suyas. ¡Es una banda de ladrones celebrando un gran botín!

Los cuatro animales se pusieron a pensar cómo hacer para espantar a los ladrones y quedarse con la cena. Después de dar algunas vueltas, encontraron un plan perfecto: el burro apoyó sus patas delanteras en la ventana, el perro se subió al lomo del burro, el gato se trepó sobre el perro y, finalmente, el gallo voló y se paró en la cabeza del gato.

A una señal, todos juntos empezaron a tocar su «música»:





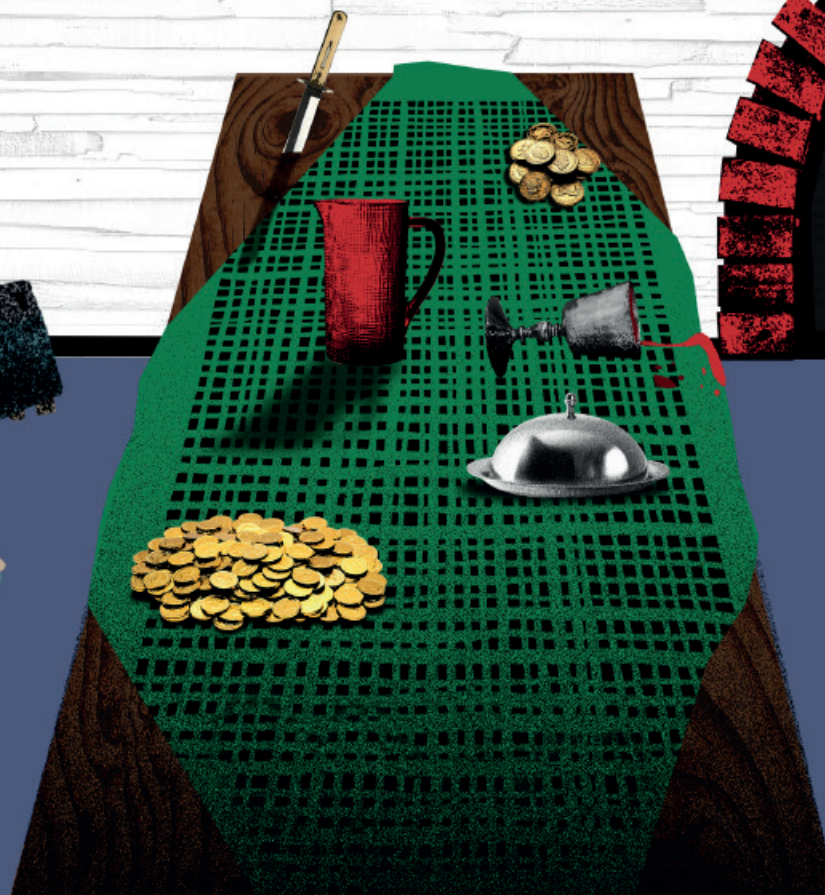
**EL GALLO CANTÓ,
EL GATO MAULLÓ,
EL PERRO LADRÓ
Y EL BURRO REBUZNÓ,**

Luego, rompieron la ventana y entraron a la cabaña con un estruendo terrible de vidrios rotos.

Al oír tan tremendo alboroto, los ladrones se sobresaltaron. Convencidos de que un monstruo de cuatro cabezas había entrado a atacarlos, salieron corriendo hacia la oscuridad del bosque sin mirar atrás. Los cuatro músicos se sentaron a la mesa, felices de la vida, y comieron como si tuvieran hambre muy atrasado.

Cuando terminaron, apagaron las luces y buscaron un lugar cómodo para descansar, cada uno según su costumbre: el burro en el patio, el perro detrás de la puerta, el gato junto a las cenizas cálidas de la chimenea y el gallo en una viga del techo. Estaban tan cansados que se durmieron enseguida.

Pasada la medianoche, viendo desde lejos que la casa estaba a oscuras, el jefe de los ladrones mandó a uno de sus hombres a investigar si todo estaba tranquilo.





El enviado entró en puntas de pie a la cabaña y, al ver los ojos brillantes del gato en la penumbra, pensó que eran brasas encendidas.



Acercó un fósforo para prender una vela, pero el gato, que no tenía ganas de bromas, le saltó a la cara y lo arañó.



El ladrón, aterrorizado, corrió hacia la salida, pero al pasar por la puerta el perro se levantó y le pegó un mordiscón en la pierna.



Al cruzar el patio a los tropezones, el burro le dio una patada tremenda que lo mandó a volar.



Para colmo, el gallo, despierto por el lío, empezó a gritar desde lo alto: —¡Quiquiriquí! ¡Acá, acá!



El hombre llegó corriendo hasta donde estaba su jefe, pálido y sin aliento. —¡Es horrible! —gritó—. En la casa se instaló una bruja espantosa que me sopló la cara y me arañó con sus largas uñas. En la puerta hay un hombre con un cuchillo que me lo clavó en la pierna. En el patio hay un monstruo negro que me pegó con un garrote de madera, y arriba del techo un juez que gritaba: «¡Traigan al ladrón aquí!».

Después de escuchar semejante historia, los ladrones no se atrevieron a volver nunca más a la cabaña. Y a los cuatro músicos de Bremen les gustó tanto esa casa, la comida y la tranquilidad del bosque, que decidieron quedarse a vivir ahí juntos para siempre.



**DIRECCIÓN
GENERAL DE
CULTURA Y
EDUCACIÓN**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**

ISBN 978-987-676-184-0

